

TRES PECADOS [45 - 54]

2026

Meditación (día 9)

Toca ahora entrar en una nueva Meditación de estos Ejercicios Espirituales, y es la Meditación que San Ignacio nos propone en su Libro a partir del punto número [45] y hasta el punto número [54].

Esta Meditación es conocida normalmente con el nombre de la Meditación sobre **Los Tres Pecados**. En primer lugar leeré el texto de San Ignacio y después empezaremos a penetrar un poco en el contenido de esta Meditación para ir sacando frutos.

[45] PRIMER EJERCICIO ES MEDITACIÓN CON LAS TRES POTENCIAS SOBRE EL 1º, 2º Y 3º PECADO; CONTIENE EN SÍ, DESPUÉS DE UNA ORACIÓN PREPARATORIA Y DOS PREÁMBULOS, TRES PUNTOS PRINCIPALES Y UN COLOQUIO.

Ya lo dirá más adelante, pero adelanto de qué pecado se trata. **El primer pecado** es el pecado de los **Ángeles**, que han cometido un solo pecado y se han condenado eternamente en el infierno.

El segundo pecado es el pecado de nuestros primeros padres, **el pecado de Adán y Eva**, que también han desobedecido al Señor y han sido expulsados inmediatamente del Paraíso. Y **el tercer pecado** es el pecado **que comete un hombre cualquiera** que peca mortalmente, no se arrepiente y muere en estado de pecado mortal y también él se condena en el infierno.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Composición de lugar:

[47] 1º *preámbulo.* El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Aquí es de notar que en la contemplación o meditación visible, así como contemplar a Christo nuestro Señor, el qual es visible, la composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, así como un templo o monte, donde se halla Jesu Christo o Nuestra Señora, según lo que quiero contemplar. En la invisible, como es aquí de los pecados, la composición será ver con la vista imaginativa y

considerar mi ánima ser encarcerada en este cuerpo corruptible y todo el compósito¹ en este valle, como desterrado entre brutos animales; digo todo el compósito de ánima y cuerpo.

Es decir, imaginarme aquello que voy a meditar, usar la imaginación para tratar de ver de algún modo aquello que estoy meditando. Entonces cuando hablemos del pecado de los Ángeles tratar de imaginar cómo fue ese pecado, tratar de imaginar el lugar en el cual estaban los Ángeles, tratar de imaginar qué es lo que sucedió.

Cuando hablemos del pecado de nuestros primeros padres hacer exactamente lo mismo, imaginarlos en el Paraíso, imaginarlos habiendo sido creados, habiendo sido salidos de la Mano de Dios, habiendo sido creados sobre una perfección realmente absoluta que nosotros no tenemos y hemos perdido a causa de ese primer pecado. Y cuando pensemos en el pecado de un hombre cualquiera, imaginemos justamente eso, un hombre cualquiera que peca, no se arrepiente y muere en ese estado.

Petición:

[48] 2º *preámbulo*. El segundo es demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo. La demanda ha de ser según subiecta materia², es a saber, si la contemplación es de resurrección, demandar gozo con Christo gozoso; si es de pasión, demandar pena, lágrimas y tormento con Christo atormentado. Aquí será demandar vergüenza y confusión de mí mismo, viendo cuántos han sido dañados por un solo peccado mortal, y cuántas veces yo merecía ser condenado para siempre por mis tantos peccados.

Es pedirle aquello que quiero sacar de esta Meditación, cuál es la gracia que estamos buscando, para qué hacemos esto. ¿Qué es lo que aquí queremos entonces? San Ignacio nos dice que como fruto debemos pedir [48] *vergüenza y confusión*, porque, hablaremos más adelante, los Ángeles han pecado una sola vez y se han condenado; Adán y Eva han pecado una sola vez y han sido expulsados del Paraíso; un hombre cualquiera, como nos propone San Ignacio, ha pecado una vez, no se ha arrepentido, ha muerto, se ha condenado.

Entonces, vergüenza y confusión; porque uno se pone delante de estos tres ejemplos y uno se pregunta: «Yo, ¿cuántas veces he pecado?, ¿cuántas veces he ofendido al Señor? ¿Cuántas veces al igual que los Ángeles le he dicho: “¡No te serviré!”; quiero hacer mi voluntad, quiero hacer lo que me gusta, quiero hacer lo que quiero? ¿Cuántas veces al igual que a Adán y Eva le he dicho al Señor: “Esto es lo que Tú me mandas, pero no quiero hacerlo; prefiero hacer otra cosa?”». ¿Cuántas veces hemos pecado también nosotros como ese hombre cualquiera? Hemos tenido la gracia de arrepentirnos, nos hemos confesado; pero, ¿qué hubiese pasado si no teníamos esa gracia?!

Entonces delante de estos tres casos **uno se tiene que avergonzar, uno se tiene que confundir y uno tiene que pedirle a Dios la gracia de la perseverancia, y uno tiene que agradecerle por la Misericordia que ha usado**; porque realmente no somos dignos de esa Misericordia, ninguno de nosotros ha hecho algo especial para que Dios me perdone a mí y no perdone a los Ángeles; yo no soy más importante, ni más grande, ni mejor que los Ángeles.

¹ compuesto.

² según subiecta material: según el tema que se medita o contempla.

Entonces uno se pregunta: «¿Pero por qué a mí me perdonó tantas veces?, ¿por qué me pude confesar tantas veces?, ¿por qué me dio tantas oportunidades?, ¿por qué creyó también a todas mis promesas? ¡Cuántas veces hemos pecado y hemos prometido no hacerlo más y después otra vez! ¿¡Por qué a mí sí y a ellos no!?

Es decir, es un Misterio, no tenemos una respuesta; pero delante de esto uno tiene que avergonzarse y decir: «Señor, yo quiero cambiar, no quiero seguir jugando con Tu Misericordia, no quiero seguir pecando. Hay tantos que no han tenido segundas oportunidades y a mí, ¡cuántas me has dado! No dos o tres o cuatro, ¡miles!». ¡Cuántas veces nos hemos confesado, y cuántas veces lo hemos engañado, y cuántas veces lo hemos traicionado, y cuántas veces nos hemos revelado y no lo hemos seguido! Entonces uno tiene que avergonzarse y decir: **«Señor, hasta acá llego. A partir de hoy no quiero pecar más».**

[49] *Nota.* Ante todas contemplaciones o meditaciones, se deben hacer siempre la oración preparatoria sin mudarse³ y los dos preámbulos ya dichos, algunas veces mudándose⁴, según subiecta materia⁵.

Al inicio de esta Meditación hacemos la oración preparatoria, hacemos la composición del lugar, y pedimos a Dios que nos dé justamente vergüenza y confusión y dolor por nuestros numerosos pecados.

PUNTOS

[50] 1º *punto.* El primer punto será traer la memoria sobre el primer pecado, que fue de los ángeles, y luego sobre el mismo [ejercitar] el entendimiento discurriendo, luego la voluntad, queriendo todo esto memorar y entender por más me envergonzar y confundir, trayendo en comparación de un pecado de los ángeles tantos pecados míos; y donde ellos por un pecado fueron al infierno, cuántas veces yo le he merecido por tantos. Digo traer en memoria el pecado de los ángeles, cómo siendo ellos criados en gracia, no se queriendo ayudar con su libertad para hacer reverencia y obediencia a su Criador y Señor, viniendo en superbia, fueron convertidos de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno; y así consequenter⁶ discurrir más en particular con el entendimiento, y consequenter moviendo más los afectos con la voluntad.

[51] 2º *punto.* El segundo: hacer otro tanto, es a saber, traer las tres potencias sobre el pecado de Adán y Eva, trayendo a la memoria, cómo por el tal pecado hicieron tanto tiempo penitencia, y cuánta corrupción vino en el género humano, andando tantas gentes para el infierno. Digo traer a la memoria el 2º pecado de nuestros padres; cómo después que Adán fue criado en el campo damasceno⁷ y puesto en el paraíso terrenal y Eva ser criada de su costilla, siendo vedados que no comiesen del árbol de la ciencia y ellos comiendo y asimismo pecando, y después vestidos de túnicas pelíceas y lanzados del paraíso vivieron sin la justicia original, que habían perdido, toda su vida en muchos trabajos y mucha

³ sin cambiarla.

⁴ cambiándolos.

⁵ según subiecta materia.

⁶ consiguiientemente.

⁷ damasceno: originario de Damasco.

penitencia, y conseqüenter discurrir con el entendimiento más particularmente, usando de la voluntad como está dicho.

[52] *3º punto.* El tercero: asimismo hacer otro tanto sobre el tercero pecado particular de cada uno que por un pecado mortal es ido al infierno, y otros muchos sin cuento por menos pecados que yo he hecho. Digo hacer otro tanto sobre el 3º pecado particular, trayendo a la memoria la gravedad y malicia del pecado contra su Criador y Señor, discurrir con el entendimiento, cómo en el pecar y hacer contra la bondad infinita justamente ha sido condenado para siempre, y acabar con la voluntad como está dicho.

Y por último el coloquio, es decir cuando estamos terminando la Meditación, dice San Ignacio:

[53] *Coloquio.* Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Christo, lo que hago por Christo, lo que debo hacer por Christo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz discurrir por lo que se offresciere.

Pensar lo que Jesucristo hizo por mí; lo que yo he hecho por Él es absolutamente nada, y lo que hago por Él sigue siendo muy poco, y preguntarme qué es lo que tengo que hacer, porque definitivamente tengo que cambiar de vida.

Por último, dice el Santo:

[54] *El coloquio se hace propiamente hablando así como un amigo habla a otro o un siervo a su señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas; y decir un Pater noster.*

Podemos pedirle al Señor que nos otorgue confusión y vergüenza por nuestros pecados, y le pedimos perdón por las ofensas cometidas.

Estos son los puntos de **San Ignacio**. Ahora sí, nos metemos de lleno en la materia de esta Meditación.

CUERPO DE LA MEDITACIÓN

1) EL PECADO DE LOS ÁNGELES: SOBERBIA.

Algo hemos adelantado, se trata del pecado que han cometido los Ángeles cuando le han dicho a Dios: «No te serviremos». «Aquello que nos pides, no lo haremos porque no queremos, porque somos soberbios y queremos hacer nuestra propia voluntad». Sabemos muy poco de este pecado; sin embargo, veamos lo que nos explica la Sagrada Escritura:

Pues si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, precipitándolos en los abismos tenebrosos del infierno, los entregó para ser custodiados hasta el Juicio. (2 Pe 2, 4).

Pensemos un poco. Esto es Palabra de Dios; está revelada. La Sagrada Escritura nos dice que **Dios no perdonó a los Ángeles. Un solo pecado y no los perdonó**. Y dice no sólo que no los perdonó, sino que los arrojó a *los abismos tenebrosos del infierno*. Ya meditaremos acerca del infierno, pero se trata de una eternidad de tormentos, y todo eso por un solo pecado. Y uno puede decir: «Parece un poco desproporcionado». ¿Cómo puede ser que

por un solo pecado, un acto de soberbia... ¿Cuánto tardamos en cometer un acto de soberbia? ¿Cuánto tardaron los Ángeles? Si uno quisiera medirlo con el reloj, sería un segundo, un instante; simplemente decir: «No. No quiero». Simplemente eso. Y el castigo fue una eternidad.

La Sagrada Escritura dice que Dios no los perdonó. Y entonces me tengo que comparar y me tengo que avergonzar, porque ¿cuántas veces le he dicho al Señor: «No quiero, no te serviré. Esto que me pides, no lo voy a hacer. Aquello que me pides que haga, la verdad es que yo no tengo ganas. Aquello que me pides que no haga, yo lo voy a hacer porque me gusta?». ¿Cuántas veces hemos obrado como los Ángeles?. Ya sé, uno podrá decir: «La inteligencia de los Ángeles era más grande que la nuestra; la voluntad de ellos...». Aun así, ¿cuántas veces he traicionado al Señor?, ¿cuántas veces le he dicho que no?, ¿cuántas veces he seguido mi voluntad?, ¿cuántas veces le he dicho que no quiero hacer lo que me pide o que sí quiero hacer lo que Él me dice que no haga?. ¡**Y a ellos no los perdonó!** Y a mí, ¿cuántas veces me perdonó?, ¿cuántas veces me he confesado?

Sigamos con otro texto. Dice el apóstol San Judas:

... además que a los ángeles que no mantuvieron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene guardados con ligaduras eternas bajo tinieblas para el juicio del gran Día. (Judas 1, 6).

Nos dice prácticamente lo mismo. Los Ángeles, por un solo pecado mortal que cometieron, por un solo acto de soberbia, por una sola desobediencia, perdieron el Cielo. *No mantuvieron su dignidad y abandonaron su propia morada.* Dejaron el Cielo. ¿Y qué pasó con ellos? *los tiene guardados con ligaduras eternas* _según otras traducciones, con cadenas eternas_ esperando *el juicio del gran Día.*

Sabemos poco de este pecado, realmente muy poco. Lo que sabemos es que los Ángeles cometieron _como decíamos recién_ **un solo pecado y no hubo una segunda oportunidad.** Dios no les preguntó si estaban arrepentidos o no estaban arrepentidos. Ya sé, alguno podrá decir: «Pero los Ángeles no tienen capacidad de arrepentimiento». Más allá de eso, cuántas veces yo he pecado, cuántas oportunidades me ha dado Dios, cuántas veces lo he traicionado, cuántas veces le he prometido que no volvería a cometer este pecado y, sin embargo, lo volví a hacer. ¡Cuántas veces le he mentado en ese sentido! ¡Tantas promesas!

Y uno dice: «¿Por qué a los Ángeles no los perdonó ni una vez, y a mí me ha perdonado miles?». Eso es justamente lo que dice San Ignacio: Hay que pensar en eso para avergonzarse, para sentir confusión, para sentir vergüenza, y para convertirse, para decir:

«Bueno, a partir de ahora, ¡basta!».

No sabemos bien cuál fue la naturaleza de este pecado. **Los Padres y los teólogos sostienen que fue un acto de soberbia,** y así lo sostenemos también nosotros. Y, como decíamos antes, tratemos de medir cuánto se tarda en cometer un acto de soberbia: nada. Es simplemente decir «no». Eso es un acto de soberbia. Dios que te pide una cosa, y tú que le dices: «No quiero». Es un segundo, tal vez menos. Y eso hizo que los Ángeles estuvieran _como decía el Apóstol San Judas_ encadenados eternamente en el infierno. Y uno se pregunta: «Entonces, yo, ¿cuántos infiernos merezco?, ¿cuántas veces le he dicho que no?».

Y eso es lo que nos dice San Ignacio justamente: «Tienes razón, mereces muchísimos infiernos; y, sin embargo, acá estás haciendo un Ejercicio, tratando, o proponiéndote cambiar de vida, **abandonar el pecado**». **Ese es el objetivo de esta meditación.** No es simplemente conocer más sobre lo que pasó o no pasó; es aplicarse esto a uno mismo y decir:

«Bueno, a partir de ahora, ¡basta!».

Consecuencias del primer pecado

La condenación puede incurrir en los lugares más santos, en el estado más sublime, y que **no hay en esta vida una situación segura**. Es decir, los ángeles pecaron en el Cielo. No hay lugar más Santo que ese, y eran Ángeles que tenían una voluntad muchísimo mayor que la nuestra, eran muchísimo más perfectos que nosotros. Y, aun así, pecaron. Entonces, si pecaron ellos, ¿quién soy yo para decir que no voy a pecar? Pecó David, pecó Sansón, pecó San Pedro. Pecaron todos los grandes Santos. ¿Quién soy yo para decir que no voy a pecar? **Pecar mortalmente y condenarme es una posibilidad.** Es feo escucharlo decir, pero es una posibilidad. Y hay que decirlo, y hay que predicarlo, y hay que insistir: ¡Es una posibilidad! Si pecaron los Ángeles, puedo pecar yo.

Ni la inocencia pasada, ni los dones de naturaleza o de gracia pueden hacernos sentir seguros. Es decir, uno no puede pensar que, porque ha sido bueno durante mucho tiempo, entonces ya no pecará. Por ejemplo, en nuestro caso, sacerdotes, no podemos decir: «Pero tantos años sirviendo al Señor en la misión, a mí no me va a pasar». ¿Quién me dijo que no me va a pasar? Es muy sencillo: puedo pecar. Y si no me arrepiento y muero en ese estado, me condeno. Es decir, por haber sido buenos durante muchos años uno tiene el Cielo asegurado. **Nadie tiene el Cielo asegurado.** Tampoco los dones de la naturaleza o de la gracia pueden hacernos sentir seguros; uno puede decir: «Yo soy demasiado inteligente, o tengo mucho carisma»; eso no importa: si uno peca y no se arrepiente y muere en ese estado, se condena.

Un solo pecado, un primer pecado, el pecado de un momento, es suficiente para asociarnos con los demonios. Y esto es realmente así: ¡Un solo pecado! Es decir, no es que se condena el pecador que ha sido un atorrante durante toda su vida, que ha asesinado a millones de personas. No. Se condena el que hace un acto de soberbia, no se arrepiente y muere. Se condena el que tiene un pensamiento de odio, el que tiene un pensamiento de venganza, el que tiene un pensamiento impuro, no se arrepiente y muere, ¡se condena! **No tenemos que pensar que se condenan solamente los grandes criminales, se puede condenar cualquier persona.**

La bondad de Dios y Su Misericordia no siempre detienen los golpes de Su Justicia. Esta es una verdad que conocemos pero que sin embargo es bueno recordarla. A veces exageramos al hablar de la Misericordia de Dios; hay que hablar de Su Misericordia porque es eterna, porque es infinita; hay que hablar de Su Misericordia porque nos llena de esperanza, y porque sabemos que **realmente existe y nos perdona**, y es capaz de perdonar cualquier atrocidad que hayamos cometido; **sin embargo, también Dios es Justo. Y a**

veces Su Justicia prevalece sobre Su Misericordia. A veces Dios ha sido misericordioso tantos años con nosotros que llega un momento en el cual dice: «Ahora basta».

Examen de conciencia.

Pensemos ahora entonces un poco en nosotros. Los Ángeles han cometido un solo pecado; yo he cometido tantos. Un pecado de un instante, un pensamiento, simplemente decirle: «No te serviré»; eso fue suficiente para arrojarnos en el infierno. ¿Cuántas veces he pecado? ¿Cuántas veces le he prometido que cambiaría y no cambié? ¿Cuántas veces le he dicho que no quiero hacer Su Voluntad, que quiero hacer la mía? ¿Cuántas veces he hecho aquello que Él me mandaba no hacer? ¿Cuántas veces le he prometido cosas que no cumplí? ¿Cuántas veces me he confesado? ¡Y acá estoy! Uno dice: «Por qué ellos se condenaron y yo no? Y eso es porque **Dios te está esperando, pero tampoco hay que hacerlo esperar para siempre.**»

2) EL PECADO DE ADÁN Y EVA: DESOBEDIENCIA

La historia: Libro del Génesis, Capítulo 3, 16-24:

Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte. Replicó la serpiente a la mujer: «De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comáis de él se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal». Como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente la lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió. Después dio también a su marido, que igualmente comió. Entonces se les abrieron a ambos los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos.; y, cosiendo hojas de higuera, se hicieron uno ceñidores.

Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahvé Dios por entre los árboles del jardín. Yahvé Dios llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás?». Éste contestó: «Te he oído andar por el jardín y he tenido miedo, porque estoy desnudo; por eso me he escondido». Él replicó: «¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí comer?». Dijo el hombre: «La mujer que mediste por compañera me dio del árbol y comí». Dijo, pues, Yahvé Dios a la mujer: «Por qué lo has hecho?». Contestó la mujer: «La serpiente me sedujo, y comí».

Entonces Yahvé Dios dijo a la serpiente: «Por a ver hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar». A la mujer le dijo: «Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu penitencia, y él te dominará».

Al hombre le dijo: «Por a ver escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa; sacarás de él el alimento con fatiga todos los días de tu vida. Te producirá espinas y abrojos, y comerás la hierba del campo. Comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás».

El hombre llamó a su mujer «Eva», por ser ella la madre de todos los vivientes. Yahvé Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió. Se dijo Yahvé Dios: «¡Resulta que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre». Así que lo echó Yahvé Dios del jardín del Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Tras expulsar al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines y la espada de llama vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida.

Lo que sabemos perfectamente bien, lo que esta historia nos dice es que sucedió algo parecido, no igual, pero parecido a lo que sucedió con los Ángeles. Dios puso a Adán y Eva, que fueron el primer hombre y la primera mujer salidos de la Mano de Dios, o sea, una perfección absoluta; los puso en el lugar más maravilloso y más hermoso de la tierra; puso todo el universo sometido a sus pies, eran dueños prácticamente de la Creación; tenían una relación con Dios prácticamente de amigos. **Y Dios les dijo: «Hagan lo que quieran, excepto una cosa». ¿Y qué hicieron? Esa cosa que no tenían que hacer. ¿Y cuál fue el resultado? Dios los echa del Paraíso.**

También acá **no hay una segunda oportunidad**. Dios no les preguntó: «Adán, ¿estás arrepentido de lo que hiciste? Eva, ¿estás arrepentida de lo que hiciste? Bueno, quédense, les doy una segunda oportunidad». No hubo nada de eso. Al contrario, dice el texto:

«Así que lo echó Yahvé Dios del jardín del Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Tras expulsar al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines y la espada de llama vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida».

Nos encontramos entonces con lo mismo que ha sucedido con los Ángeles: **un solo pecado y el castigo fue inmediato**.

Consecuencias del segundo pecado

Ellos perdieron en ese momento no sólo la gracia de Dios y la amistad con su Creador, sino que perdieron todos los privilegios con los cuales habían sido adornados: la inmortalidad, son expulsados del Paraíso terrenal. Es decir, se desató una tragedia después de ese pecado. Acá lo mismo, un solo pecado. Y yo, ¿cuántos pecado he cometido y acá estoy? Jesús que me espera, que me llama, que me invita a convertirme, me pide que cambie, que sea mejor, que sea fiel. Y yo dándole excusas; tantas veces traicionándolo, mintiéndole, haciéndole promesas que después no cumplo. ¡Nos tenemos que avergonzar!

Adán y Eva, nuestros primeros padres, por un solo pecado, por una sola desobediencia, recibieron un castigo inmediato. Y yo acá estoy. Por eso tenemos que realmente tomarnos en serio lo que nos dice San Ignacio y decir: **«Bueno, hasta acá llegué; no puedo seguir»**.

Dice un comentador de los Ejercicios Espirituales:

«El suyo fue solo un pecado, y los nuestros se multiplican más que los cabellos de nuestra cabeza. El suyo fue castigado incluso en quienes no eran personalmente culpables de él. ¿Qué merecen entonces los nuestros, que son muchísimo más numerosos?».

Es decir, todos nosotros arrastramos las consecuencias de ese pecado, nacemos pecadores con pecado original. Uno puede decir, entre comillas: «Por culpa del pecado de Adán y Eva». Pensemos en las consecuencias terribles que tuvo este pecado. Y fue un solo pecado. Merecemos _como decía San Ignacio_ muchos infiernos, y sin embargo acá estamos.

Examen de conciencia.

Dios nos da todavía una nueva oportunidad, ¿cómo la voy a usar?, ¿qué le voy a decir? ¿Voy a seguir dando excusas? ¿Le voy a decir al Señor que no, que todavía no estoy preparado, que lo dejo para el año que viene, que mejor dentro de unos meses voy a cambiar, pero que por ahora no, que soy muy joven? ¿Cómo le voy a seguir dando excusas al Señor que ha sido tan paciente, tan bueno, que me ha perdonado tantas veces?

No puedo darle excusas.

3) EL PECADO DE UN HOMBRE CUALQUIERA

Por último, dice San Ignacio, pensemos en el pecado de un hombre cualquiera. Pensemos en el pecado de un hombre que comete cualquier pecado grave, que no tiene tiempo de arrepentirse _o no quiere arrepentirse_ se muere y se condena.

Leo lo que dice el Catecismo porque me parece que esto es realmente importante. Dice así el Catecismo de la Iglesia Católica:

«... el pecado es siempre una ofensa hecha a Dios». (CIC 431).

¿Por qué digo que esto es importante? Porque a veces podemos confundirnos y pensar que hay ciertos pecados que no ofenden a Dios. Uno dice: «Si mato a alguien, sí lo ofendo; pero si en cambio tengo un mal pensamiento, nadie se entera, no perjudico a nadie, no hice daño a nadie, esto no está tan mal». Y sin embargo el Catecismo me dice que eso también es una ofensa hecha a Dios, aunque no te haya visto nadie, aunque nadie se entere de lo que hiciste. El pecado es siempre una ofensa hecha a Dios.

Más adelante, el Catecismo de la Iglesia Católica dice:

Salvo que elijamos libremente amarle no podemos estar unidos con Dios. Pero no podemos amar a Dios si pecamos gravemente contra Él, contra nuestro prójimo o contra nosotros mismos (...) Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, **significa permanecer separados de Él para siempre** por nuestra propia y libre elección. **(CIC 1033).**

Es decir, «estar unidos con Dios» es **una elección personal**; no ocurre automáticamente que al nacer se esté unido a Dios y se salve. No es así.

¡Atención a esto!:

«... separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección». Es decir, aquellos que se condenan no pueden culpar a Dios. No podemos decir: «¡Qué Dios tan malo que los arroja al infierno!». Fue una elección libre, personal, propia. «Yo elegí pecar». Nadie peca sin querer. «Yo sabía que esto estaba mal y sin embargo lo hice». La elección es mía y las consecuencias también son mías, me tengo que hacer cargo. No puedo echarle la

culpa al Juez de haberme condenado si yo he cometido un delito. La culpa es mía. Si no quiero ser condenado, no tengo que cometer el delito.

Dice el Catecismo:

«Este **estado de autoexclusión** definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra “**infierno**”» (CIC 1033).

Dice el Catecismo: Autoexclusión. Yo mismo me excluí. No debo culpar a Dios por aquellos que se condenan. No puedo decir: «¡Qué Dios tan riguroso y tan injusto!». Autoexclusión. Me condené porque hice lo que yo sabía que no tenía que hacer; o me condené porque no hice lo que yo sabía que sí tenía que hacer.

Es una elección libre, es una elección propia que consiste en una exclusión de Dios y de los bienaventurados. Eso es lo que se designa con la palabra infierno.

SAN AGUSTÍN Y EL PECADO

Por último, quiero simplemente compartir unos textos de San Agustín. Él decía así, hablándole al alma que ha pecado:

«Tú eras esposa de Cristo, templo de Dios, santuario del Espíritu Santo; y cada vez que digo “eras”, debo gemir, porque ya no eres lo que eras».

El alma que ha recibido el Bautismo se convierte _como dice el Santo_ en Templo de Dios, en esposa de Cristo, en santuario del Espíritu Santo. Pero un solo pecado mortal es capaz de arruinar todo eso. Por eso dice San Agustín: «...ya no eres lo que eras».

Y añade:

«¡Oh pecador, qué miseria la tuya! ¡Cuánto eres de compadecer si tu conciencia así te persigue! Pero aún lo eres más si tu conciencia te deja en paz».

Efectivamente, si no nos arrepentimos y si no cambiamos de vida, estamos arriesgando nuestra salvación eterna. No perdamos el tiempo. No demos más vueltas. No demos excusas. Este es el momento de preguntarnos, como decía San Ignacio:

[53] ...que he hecho por Christo, lo que hago por Christo, lo que debo hacer por Christo...

Decía San Ignacio, para terminar, imaginémonos a Cristo puesto en cruz, a Cristo crucificado, pidámosle entonces que nos ayude a arrepentirnos de nuestras faltas, que nos dé confusión, que nos dé vergüenza, y que nos alcance también la gracia para perseverar en la Gracia de Dios, para que de este modo podamos salvar el alma.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.